

# Quien encuentre la Patria, por favor devuélvala

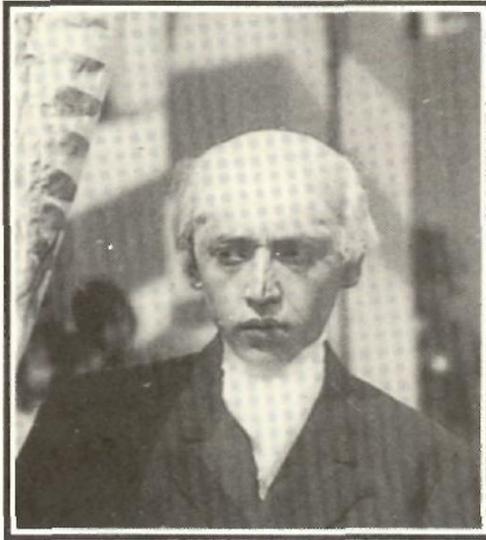
Carmen Nava\*



\*UAM-Xochimilco Departamento de Política y Cultura

Hasta hace por lo menos cinco décadas, las festividades patrióticas eran celebradas por ciudadanos y ciudadanas como algo propio. Recrear los mitos y los hechos históricos constitutivos de la identidad nacional era para los organizadores de las fiestas patrias una oportunidad inmejorable para hacer gala de ingenio y profundo conocimiento de la historia nacional. Agrupaciones cívicas, comerciantes, particulares y profesorado preparaban minuciosamente un programa de festejos destinado a educar, sensibilizar y divertir.

La parte medular de la celebración consistía en la reconstrucción teatralizada de los sucesos apoteóticos de la historia patria. Aquí entraban los carros alegóricos, los cuadros dramáticos, los coros, las bandas marciales, las representaciones grupales. Héroes y heroínas de todas las épocas eran vitoreados por los espectadores a quienes se pretendía educar. En riguroso orden cronológico desfilaban: los fundadores de México-Tenochtitlán, Cuauhtémoc,



el padre Miguel Hidalgo, José María Morelos, Vicente Guerrero, Josefa Ortiz de Domínguez, los Niños Héroes, Ignacio Zaragoza, Benito Juárez, Francisco I. Madero, Emiliano Zapata y Francisco Villa, principalmente. Próceres locales también eran honrados en diversas regiones. No faltaban jóvenes y jovencitas que encarnaran abstracciones y valores: la patria, la libertad, la justicia, la nación, la democracia, la ley, la independencia, la victoria, la república, la paz, la cultura, entre otros.

La sensibilización de la población para establecer un vínculo entre ella y "los héroes que le dieron patria" corría a cargo de oradores, conferencistas, declamadores, guardias en los monumentos

conmemorativos y practicantes de los ritos oficiales. Las autoridades públicas colaboraban, pero no avasallaban con su presencia y recursos. A menudo ocurría que la oposición política se hiciera presente en estos espacios para ofrecer sus interpretaciones críticas de las celebraciones, por cierto nada favorables a las autoridades en funciones.

Por último, los bailes, los juegos, las ferias y las verbenas ofrecían a los participantes y espectadores de los festejos una catarsis profana tendiente a romper la tensión producida por los elementos sacralizadores y sublimadores intrínsecos a las conmemoraciones de cualquier tipo.

Recordar que las personas comunes y corrientes se involucraban en la celebración de las fiestas patrióticas parecería ocioso, si no fuera porque la participación de aquéllos se ha ido reduciendo gradual e imperceptiblemente al papel de comparsas y meros espectadores en los actos y las festividades cívicas. La parte protagónica en la organización y programación de los festejos la desempeñan ahora dos instituciones: el gobierno (especialmente el Poder Ejecutivo federal, los gobernadores y los presidentes municipales) y los consorcios de comunicación masiva, con lo cual las ceremonias asociadas a los símbolos y la identidad nacional han adquirido un carácter marcadamente oficialista y ritual.

Es difícil establecer cómo y cuándo ocurrió la paulatina exclusión de la ciudadanía de la participación activa en las festividades patrias. Aunque podría decirse

que uno de los tantos factores que ha contribuido a ello es la rigurosa reglamentación jurídica de la representación y uso de los símbolos patrios por antonomasia: el escudo, la bandera y el himno nacionales. Las últimas reformas en este sentido fueron efectuadas en 1934, 1967 y 1983. Con ello los ciudadanos fueron privados de la posibilidad de asociarse a sus símbolos nacionales según su muy particular manera de entenderlos e interpretarlos. Y si para expresar su creatividad los alteran incurren en un delito, para colmo, federal. No es casual, entonces, que los mexicanos se sientan cada vez más ajenos al simbolismo de su identidad nacional y sus múltiples posibilidades de expresión cultural.

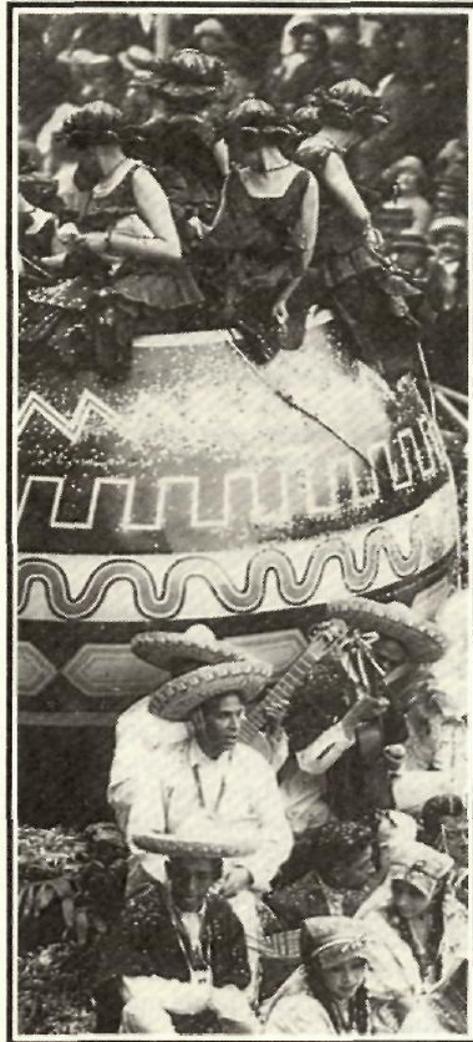
En cuanto a los festejos cívicos, la organización, el patrocinio y el programa han sido paulatinamente acaparados por las diversas dependencias oficiales especializadas en "actividades socioculturales" y "comunicación social", y difundidas exclusivamente por diarios, cadenas televisivas y estaciones radiofónicas autorizadas. Estas últimas, a su vez, se han convertido en los productores, reproductores y dispensadores de la imagen "correcta" de la simbología y las festividades y, de paso, de una manera muy peculiar de entender "lo mexicano". Uno de sus ejemplos recientes es la figurilla ("el Pique") ideada como "símbolo" del Campeonato Mundial de Fútbol efectuado en México en 1986. Ocasión cuando, dicho sea de paso, los aficionados gozaron su furor futbolístico mutilando las estatuas de la Columna de la Independencia.

En fin, gobierno y medios de comunicación han jugado un papel destacado en transmutar los que solían ser los espacios y tiempos reconocidos por la colectividad como propios -para la renovación consensual de sus mitos y experiencias históricas como nación en meras funciones rituales de los gobernantes dedicadas a la auto-complacencia y la legitimación simbólica.

Ahora bien, con estas reflexiones no pretendo abogar por el retorno de formas de celebración y relación con nuestras fiestas cívicas y nuestros símbolos nacionales que evidentemente son, históricamente, irre recuperables, que también tenían, ciertamente, su dosis de maniqueísmo político, chovinismo, esquematismo, trivialización y memorables desenlaces violentos. No, se trata de eso, simplemente intento llamar la atención hacia la manera estéril y vacua como las más altas autoridades públicas y los "comunicadores" utilizan y capitalizan una parte fundamental de nuestra impronta cultural.



¿Habrá una manera de revitalizar, por parte de la ciudadanía, nuestra identidad nacional? Tal vez la haya si se reduce la agobiante carga oficialista que acompaña a las festividades patrióticas, se propicia la utilización creativa y democrática de los símbolos nacionales y se prescinde, hasta donde sea posible, de la banalización que distingue la cobertura de los medios de comunicación de los actos cívicos y la interpretación de la historia nacional. Muy a tono con los tiempos podría decirse que urge la desincorporación de los símbolos y las fiestas patrias.



La totalidad de las imágenes que ilustran este ensayo proceden del Fondo Díaz, Delgado y García, Departamento de Imagen y Sonido, Archivo General de la Nación (las siglas FD-DG serán utilizadas para su identificación). Este ensayo es subproducto de una investigación histórica e iconográfica efectuada en colaboración con Enrique Cervantes y Gabriel Rivera, a quienes agradezco su ayuda en la localización de las fotografías.



1. Trás diez años de lucha armada revolucionaria, las fiestas del centenario de la consumación de la independencia evidenciaron que la Patria continuaba incólume, ciudad de México, Septiembre 1921



2 . Los programas de los festejos patrióticos combinaban la solemnidad del culto a los héroes con diversiones para todos los gustos y edades, ciudad de México, septiembre 1921



3. El teatro de revista contribuía a la exaltación de la identidad nacional con escenografías y coreografías inspiradas en la indumentaria y música regionales, septiembre 1921



4. Los comerciantes competían para mostrar su celo nacionalista, patrocinando vistosos carros alegóricos, 1922.



5. Los platillos regionales, las ritas, los bailes y los espectáculos proporcionaban el contrapunto profano al fervor patriótico desplegado en los actos cívicos. 1923.



6. Los juegos florales, tan gustados por la alta sociedad porfiriana, son reanudados en la posrevolución para lucimiento de los retoños de la nueva elite política y económica, 1924.



7. Las divas del teatro frívolo hacían gala de un amplio repertorio de interpretaciones del simbolismo nacionalista, 1926.



8. Versión teatral del meztizaje, 1928.



9. El padre Hidalgo, Ignacio Allende y Juan Aldama, personajes estelares de las celebraciones septembrinas, 1929.



10. La reina del carnaval y su corte de princesas indias y de chinas poblanas, febrero 1934.



11. Alegoría indigenista, fiestas de carnaval, febrero 1934



12. La fundación de México-Tenochtitlán, uno de los temas imprescindibles de las celebraciones de la ciudad de México, fiestas de primavera, marzo 1936.



13. Representación de la riqueza cultural de las regiones de México, fiestas de primavera, marzo 1936.



14. La República triunfante, carro alegórico diseñado para honrar la memoria de Benito Juárez, defensor de la integridad nacional frente al intervencionismo francés, marzo 1949.



15. A fines de los cuarenta, los festejos públicos muestran ya una tónica marcadamente oficialista, exaltadora de las obras del gobernante en turno, 1949.



16. Hace por lo menos cinco décadas, la ciudadanía ha sido excluida de una relación creativa y vital con los símbolos y las festividades vinculadas con la identidad nacional, 1942.